

INCLUSO LOS SECRETOS MÁS OSCUROS  
TERMINAN SALIENDO A LA LUZ.

# NADIE TE OIRÁ GRITAR

ANGELA  
MARSONS

  
ESPASA

ANGELA MARSONS

NADIE TE OIRÁ GRITAR

Traducción de Aleix Montoto



Título original: *Silent Scream*

© Angela Marsons, 2015

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Aleix Montoto, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-670-5026-4

Depósito legal: B. 9. 325-2017

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

*Black Country, en la actualidad*

**T**eresa Wyatt tenía la inexplicable sensación de que ésta sería su última noche.

Apagó el televisor y la casa quedó en silencio. No era el silencio normal que descendía cada anochecer cuando el día llegaba gradualmente a su fin y ella se preparaba para meterse en la cama.

No estaba segura de qué había imaginado ver en el telediario nocturno. El informativo vespertino local ya había dado la noticia. Puede que esperara un milagro, un indulto de última hora.

Desde que, dos años antes, se presentó la primera solicitud, se había sentido como una prisionera en el corredor de la muerte. De forma intermitente, los guardias habían acudido y la habían llevado a la silla, pero el destino la había devuelto a la seguridad de la celda. Esta vez, sin embargo, era la definitiva. Teresa sabía que no habría más objeciones ni más retrasos.

Se preguntó si los demás habrían visto las noticias. En ese caso, ¿se habrían sentido como ella? ¿Habrían reconocido para sus adentros que su sentimiento princi-

pal no era el remordimiento, sino el instinto de conservación?

De haber sido mejor persona, tal vez habría habido un resto de conciencia enterrado debajo de la preocupación que sentía por sí misma, pero no era así.

Se dijo que no haber seguido con el plan habría supuesto su ruina. El nombre de Teresa Wyatt habría sido mencionado con aversión, en vez de con el respeto del que ahora disfrutaba.

No tenía dudas de que la denuncia habría sido tomada en serio. La fuente era dudosa pero creíble. En cualquier caso, había sido silenciada para siempre, y eso era algo que ella nunca lamentaría.

Sin embargo, desde lo sucedido en Crestwood años antes, una y otra vez se le había hecho un nudo en el estómago ante la visión de un paso, un color de pelo o una inclinación de cabeza similares.

Teresa se puso en pie e intentó desembarazarse de la melancolía que le había sobrevenido. Se dirigió a la cocina y dejó el plato y el vaso de vino en el fregadero.

No había perro al que dejar salir o gato al que dejar entrar. Sólo la última comprobación nocturna de los cerrojos.

De nuevo, tuvo la sensación de que esa comprobación era inútil y que nada podría contener el pasado. Hizo caso omiso de ese pensamiento. No había nada que temer. Habían hecho un pacto y se había mantenido sólido durante diez años. Sólo ellos cinco conocían la verdad.

Sabía que estaba demasiado tensa para quedarse dormida de inmediato, pero había convocado una reunión a las siete de la mañana a la que no podía llegar tarde.

Entró en el cuarto de baño y comenzó a llenar la bañera, añadiendo una generosa cantidad de jabón de lavanda. Al instante, el aroma inundó la estancia. Un largo baño de burbujas, junto con el vaso de vino que había tomado antes, facilitaría la llegada del sueño.

Tras dejar la bata y el pijama de satén doblados con cuidado sobre el cesto de la ropa sucia, se metió en la bañera.

Cerró los ojos y se abandonó al agua que envolvía su piel. Sonrió para sí y la ansiedad comenzó a remitir. Sólo estaba siendo hipersensible.

Teresa tenía la sensación de que su vida había sido dividida en dos segmentos. Había treinta y seis años A. C., tal y como ella llamaba a su vida: «Antes de Crestwood». Esos años habían sido maravillosos. Soltera y ambiciosa, todas sus decisiones habían sido propias. No había tenido que responder ante nadie.

Los años posteriores, en cambio, habían sido distintos. Una sombra de miedo había acompañado cada uno de sus movimientos; dictado sus actos e influenciado sus decisiones.

Recordaba haber leído en algún lugar que la conciencia no era más que el miedo de ser atrapado. Teresa era lo bastante honesta para admitir que, para ella, esa afirmación era cierta.

Pero su secreto estaba a salvo. Tenía que estarlo.

De repente, oyó el ruido de un panel de cristal rompiéndose. No había sido lejos. Procedía de la puerta de su cocina.

Se quedó completamente quieta y aguzó el oído. El ruido no podía haber alertado a nadie más. La casa más cercana se encontraba a unos sesenta metros, al otro

lado de un seto de cipreses de Leyland de seis metros de altura.

El silencio de su casa se espesó a su alrededor. La calma que siguió al ruido estaba preñada de una amenazante sensación.

Puede que no fuera más que un descerebrado acto de vandalismo. Quizá un par de estudiantes del Saint Joseph's habían descubierto su dirección. Dios, esperaba que no fuera así.

Su cuerpo comenzó a reaccionar a la sensación de que ya no estaba sola. Se incorporó. Al moverse, el agua chapoteó al chocar contra las paredes de la bañera. Su mano resbaló en la porcelana y su cuerpo cayó de costado al agua.

Un ruido al pie de la escalera destruyó cualquier vaga esperanza de que se tratara de un acto vandálico.

Teresa sabía que se le había acabado el tiempo. En un universo paralelo, los músculos de su cuerpo reaccionaron ante la inminente amenaza, pero en éste, tanto su cuerpo como su mente permanecieron inmóviles ante lo inevitable. Sabía que ya no había ningún lugar en el que ocultarse.

Al oír el crujido de la escalera, cerró brevemente los ojos y obligó a su cuerpo a permanecer en calma. Había un elemento de libertad en el hecho de afrontar al fin los miedos que la atribulaban.

Al sentir el aire frío que penetró en el cuarto de baño, abrió los ojos.

La figura que entró era tan negra y anónima como una sombra. Iba vestida con unos pantalones militares y un grueso jersey de felpa bajo un largo abrigo. Un pasamontañas de lana le cubría el rostro. «¿Por qué yo?», se

preguntó la enojada mente de Teresa. Ella no era el eslabón más débil.

Negó con la cabeza.

—No he dicho nada —dijo. Sus palabras apenas fueron audibles. Cada uno de sus sentidos había comenzado a apagarse a medida que su cuerpo iba preparándose para la muerte.

La figura negra dio dos pasos en su dirección. Teresa buscó alguna pista, pero no encontró ninguna. Sólo podía ser uno de los otros cuatro.

Sintió que su cuerpo la traicionaba y la orina empezó a fluir entre sus piernas, mezclándose con el agua aromática.

—Lo prometo... Yo no...

Las palabras de Teresa fueron apagándose al tiempo que intentaba incorporarse. Las burbujas de jabón habían vuelto resbaladiza la bañera.

Con la respiración rápida y trabajosa, consideró cuál era la mejor forma de suplicar por su vida. No, no quería morir. No era el momento. No estaba preparada. Todavía había cosas que quería hacer.

De pronto, acudió a su mente la imagen de sus pulmones llenándose de agua e inflándose como si fueran los globos de una fiesta.

Extendió la mano de forma suplicante y, recuperando al fin la capacidad de hablar, dijo:

—Por favor... Por favor... No... No quiero morir...

La figura se inclinó sobre la bañera y colocó cada una de sus manos enguantadas en un pecho. Teresa notó la presión que le aplicaba para empujarla bajo el agua y forcejeó para mantenerse sentada. Tenía que procurar hacerlo y explicarse, pero la fuerza de las manos au-



mentó. De nuevo, trató de incorporarse, pero era inútil. La gravedad y la fuerza bruta le impedían forcejear.

En cuanto el agua enmarcó su rostro, abrió la boca. Un pequeño sollozo escapó de sus labios al tiempo que intentaba implorar una última vez:

—Lo juro...

El agua no la dejó terminar la frase, y entonces vio cómo las burbujas escapaban de su nariz y subían a la superficie. El pelo ondeaba alrededor de su cara.

La figura centelleaba al otro lado de la barrera de agua.

El cuerpo de Teresa comenzó a reaccionar a la falta de oxígeno e hizo un esfuerzo por contener el pánico que se extendía por su interior. Agitó los brazos y una mano enguantada soltó brevemente un pecho. Ella consiguió asomar la cabeza por encima del agua y pudo ver mejor los fríos y penetrantes ojos de su agresor. El grito ahogado que dejó escapar al reconocer su identidad consumió su último aliento.

Ese fugaz segundo de confusión fue suficiente para que el atacante cambiara de posición. Dos manos empujaron entonces a Teresa bajo el agua y la sostuvieron ahí con fuerza.

Ella no pudo apartar la incredulidad de su mente ni siquiera cuando su consciencia comenzó a desvanecerse.

Se dio cuenta de que sus cómplices no podían imaginarse siquiera quién era la persona a la que debían temer.

Kim Stone rodeó la Kawasaki Ninja para ajustar el volumen de su iPod. Los altavoces danzaban con las plateadas notas del concierto *El verano*, de Vivaldi, que conducían a su parte favorita, el final conocido como «Tormenta».

Dejó la llave de tubo en el banco de trabajo y se limpió las manos con un trapo. Luego se quedó mirando la Triumph Thunderbird que había estado restaurando durante los últimos siete meses y se preguntó por qué esa noche no conseguía concentrarse.

Miró el reloj. Eran casi las once. En ese mismo momento, el resto de su equipo debía de estar saliendo con paso tambaleante del pub The Dog. Y, a pesar de que ella no bebía alcohol, solía acompañarlos cuando consideraba que se lo había ganado.

Volvió a coger la llave de tubo y, agachándose, colocó la rodilla sobre el cojín que había a un lado de la Triumph.

Para ella no había nada que celebrar.

Visualizó el aterrado rostro de Laura Yates al tiempo que extendía la mano hacia el interior de la moto para alcanzar la parte trasera del cigüeñal. Colocó la llave en

la cabeza de la tuerca y empezó a moverla adelante y atrás.

Tres condenas por violación iban a mantener encerrado a Terence Hunt durante mucho tiempo.

«Pero no el suficiente», se dijo Kim.

Porque había habido una cuarta víctima.

Empujó de nuevo la llave, pero la tuerca se negaba a moverse. Ya había montado el rodamiento, la rueda dentada, la arandela y el rotor. La maldita tuerca era la última pieza del puzle, y no conseguía apretarla.

Kim se la quedó mirando y en su interior le ordenó que se moviera. Nada. Concentró entonces su enfado en el brazo de la llave de tubo y le asestó un potente golpe. La rosca se rompió y la tuerca quedó suelta.

—¡Maldita sea! —exclamó al tiempo que tiraba la llave al otro lado del garaje.

Laura Yates no había dejado de temblar en el estrado mientras contaba cómo la habían arrastrado hasta la parte trasera de una iglesia y la habían asaltado sexualmente de forma brutal durante dos horas y media. Todos habían visto con sus propios ojos lo difícil que le había resultado sentarse. Tres meses después del ataque.

La joven de diecinueve años se encontraba en la sala cuando dictaron las tres sentencias. Luego llegó su caso y pronunciaron las dos palabras que cambiarían su vida para siempre.

«No culpable.»

Y ¿por qué? Porque la chica había consumido un par de copas. ¿Qué más daban los once puntos que se extendían de atrás adelante, la costilla rota y el ojo morado? Debía de habérselo buscado. Todo porque había tomado un par de copas.

Kim era consciente de que sus manos habían comenzado a temblar de rabia.

Su equipo pensaba que tres de cuatro no estaba mal. Y así era. Pero tampoco estaba del todo bien. No para Kim.

Se inclinó para inspeccionar el daño causado a la moto. Le había llevado casi seis semanas localizar esos malditos tornillos.

Volvió a colocar la llave en la tuerca y se disponía a girarla otra vez con los dedos pulgar e índice cuando, de repente, su teléfono móvil empezó a sonar. Dejó caer la tuerca al suelo y se puso en pie de un salto. Una llamada tan cerca de la medianoche no podía conllevar buenas noticias.

—Inspectora Stone.

—Tenemos un cadáver.

Claro. ¿De qué otra cosa podía tratarse?

—¿Dónde?

—Hagley Road, Stourbridge.

Kim conocía la zona. Estaba en la frontera con el departamento de policía vecino de West Mercia.

—¿Llamamos al sargento Bryant, señora?

Kim hizo una mueca. Odiaba que se dirigieran a ella como «señora». A sus treinta y cuatro años, todavía no estaba preparada para ello.

Visualizó una imagen de su colega subiendo a trompicones a un taxi delante del pub The Dog.

—No, creo que yo me encargaré de esto —dijo, y terminó la llamada.

Tras apagar su iPod, Kim se quedó un momento inmóvil. Sabía que tenía que dejar de pensar en la mirada acusadora de Laura Yates. Pero, tanto si era real como

imaginaria, la había visto. Y no podía quitársela de la cabeza.

Siempre sabía cuándo la justicia en la que creía le había fallado a alguien a quien suponía que debía proteger. Había convencido a Laura Yates para que confiara en ella y en el sistema que representaba, y ahora no podía eludir la sensación de que ambas cosas habían defraudado a la chica.